Resumen del Texto 30: «Miscelánea».

El Texto 30, titulado «Miscelánea», constituye una variada recopilación de artículos y reflexiones en los que se analizan temas filosóficos, sociales, científicos y paranormales. El texto aborda sucesivamente el fenómeno psiquiátrico y social de oír voces, una crítica filosófica de la modernidad y de la fragmentación de las ciencias, la redefinición de los conceptos de ciencia y religión, los orígenes históricos de los campos de concentración y, por último, una exploración médico-religiosa del fenómeno de la estigmatización.

1. Teoría y ayuda basada en la comprensión: el fenómeno de «oír voces»

El texto comienza con una exposición de las investigaciones del profesor Romme y Sandra Escher, de la Universidad de Limburgo, sobre las personas que oyen voces (publicadas por I. De Bie en Humo). Las investigaciones científicas indican que aproximadamente el dos por ciento de la población oye voces y que solo una pequeña minoría de estas personas está realmente enferma o presenta algún trastorno psíquico.

El profesor Romme critica la psiquiatría establecida, que tradicionalmente ha considerado de forma automática el hecho de oír voces como un síntoma de enfermedad mental o como una forma de alucinación e imaginación. Sin embargo, aproximadamente el ochenta por ciento de las personas entrevistadas que oyen voces está convencido de que estas no proceden de su interior, sino de una fuente o entidad externa. Romme y Escher sostienen que imponer una teoría explicativa académica -por ejemplo, que las voces no son más que los propios pensamientos reprimidos de la persona- no ayuda al paciente en la práctica. El racionalismo moderno suele construir teorías a partir de pensadores que no conocen el fenómeno en cuestión por experiencia directa, mientras que un enfoque verdaderamente comprensivo debe partir del fenómeno real y de la experiencia vivida por la persona afectada.

2. Modernidad, fragmentación y redefinición de la filosofía

El segundo y el tercer apartado del texto ofrecen un análisis filosófico de la modernidad basado en los trabajos de A. Braeckman (quien se apoya en Hegel, Schelling, Immanuel Kant y el sociólogo Niklas Luhmann).

La esencia de la «modernidad» se define como diferenciación funcional: una organización social en la que la división del trabajo y la especialización constituyen los principios rectores. Como consecuencia, una cultura se descompone en ámbitos parciales autónomos y separados, como el arte, la

moral, la religión, la ciencia y el derecho, cada uno gestionado por sus propios especialistas. Esto conduce a lo que en la filosofía alemana se denomina *Zerstückelung* (fragmentación). Cada producto cultural debe permanecer «puro» dentro de su propio ámbito (arte puro, moral pura, ciencia pura), de modo que los especialistas de un ámbito ya no pueden juzgar otro sin sobrepasar sus límites.

La consecuencia directa es que la filosofía pierde su tradicional función globalizadora. En el pasado, la filosofía desempeñaba el papel de una «metafísica» situada en el centro de la cultura, como un «punto de Arquímedes» o un «dosel celestial» desde el que se podían establecer normas universales y definiciones de la esencia de las cosas. Las visiones globales del mundo o las metafísicas enciclopédicas -como los sistemas integrales de Hegel (la *Vernunft* histórica, o razón), Marx (la razón económica), Sartre (la libertad humana) o el Círculo de Viena- se han vuelto imposibles en la época moderna. La causa es la enorme explosión de información y la profunda hiperespecialización, que impiden que cualquier individuo pueda abarcar la totalidad del conocimiento de una época.

Siguiendo la concepción de Kant, Braeckman redefine la función de la filosofía: ya no es una teoría normativa totalizadora, sino una práctica de reflexión crítica sobre las condiciones de posibilidad y los límites de nuestro conocimiento.

3. Ciencia y religión: una concepción realista de la ciencia

En el cuarto apartado, el texto examina la obra *Tot in der Eindigheid*, de J.P. Van Bendegem. Van Bendegem critica la concepción clásica y «estándar» de la ciencia -la recopilación pasiva de hechos y la formulación lineal de leyes universales- y la califica de ilusión y falsificación.

En su lugar, propone una concepción realista de la ciencia basada en siete características fundamentales:

- La ciencia consiste en resolver problemas de manera específica y dirigida.
- La ciencia implica formular predicciones comprobables.
- La ciencia responde a preguntas concretas sobre el porqué de las cosas.
- La ciencia se caracteriza por la pluralidad de interpretaciones (varias teorías pueden ser aplicables a un mismo problema).
- El progreso científico no es lineal.

La ciencia siempre contiene una metafísica implícita (cuestiones relativas a qué entidades, como los átomos o los estados mentales, existen realmente).

La ciencia está integrada en un contexto social y cultural.

A continuación, Van Bendegem compara esta concepción realista de la ciencia con la religión. Define la religión como un sistema teórico que aspira a abarcar la totalidad, se sitúa en un plano metafísico y presupone la existencia de al menos una entidad metafísica, como una divinidad.

El texto señala críticamente que, aunque esta comparación resulta esclarecedora, Van Bendegem reduce excesivamente la religión a un sistema de creencias puramente racional y expresado mediante el lenguaje, por lo que no hace justicia a la dimensión más amplia, no verbal y basada en la experiencia vivida de la religión.

4. Orígenes históricos y evolución de los campos de concentración

El quinto apartado describe los orígenes históricos del campo de concentración, definido como un recinto cerrado en el que una sociedad encierra a «enemigos» o a determinados grupos de población.

Históricamente, los primeros campos de concentración fueron establecidos por los británicos durante la guerra de los bóeres en Sudáfrica. Posteriormente, el concepto fue desarrollado por los comunistas rusos bajo el liderazgo de Lenin y Trotski.

En junio de 1918, Trotski fue el primero en exigir el internamiento en campos de concentración de checoslovacos, civiles y oficiales que se negaban a prestar servicio militar. Posteriormente, amplió el ámbito de aplicación de esta medida a los agitadores y saboteadores.

En agosto de 1918, Lenin ordenó la instauración del terror de masas y el internamiento de los «kulaks» (campesinos acomodados) y de los sacerdotes ortodoxos en campos de concentración situados fuera de las ciudades.

Finalmente, surgió el modelo nacionalsocialista: la Shoah, es decir, el genocidio sistemático de los judíos en los *Konzentrationslager* nazis, que actualmente recibe la mayor atención en los medios de comunicación y en la historiografía.

5. Estigmatización: el enigma místico-médico del Padre Pío

El último apartado del Texto 30 examina el fenómeno de la estigmatización a través de la beatificación del Padre Pío (Francesco Forgione) en 1999.

En 1918, el Padre Pío recibió los estigmas (heridas sangrantes en las manos, los pies y el costado que corresponden a las heridas de la crucifixión

de Cristo) y perdió diariamente aproximadamente una taza de sangre durante cincuenta años.

Inicialmente, el Vaticano desconfió profundamente de él; papas como Juan XXIII mantuvieron las distancias y enviaron comisiones médicas para investigarlo. Sin embargo, los exámenes médicos indicaron que las heridas no podían fingirse y que ningún medicamento conseguía cerrarlas. En el ámbito científico surgieron diversas tentativas de explicación:

- Explicaciones neurológicas (anomalías en los vasos sanguíneos).
- Explicaciones psicológicas (autosugestión o heterosugestión).
- Explicaciones psiquiátricas (neurosis o psicosis).
- Reconocimiento de que el fenómeno resulta radicalmente inexplicable desde el punto de vista médico.

Desde el punto de vista estadístico, la estigmatización se presenta de manera llamativamente frecuente en mujeres: de los 321 casos documentados desde Francisco de Asís, 280 correspondían a mujeres y solo 41 a hombres.

En cuanto a la evaluación eclesiástica, el texto destaca, citando entre otros al papa Benedicto XIV, que la Iglesia católica nunca declara beata o santa a una persona por fenómenos paranormales o por los estigmas, sino exclusivamente por su virtud heroica y su conducta consciente y ejemplar.

Benedicto XIV sí interpretó los estigmas como signos sobrenaturales que podrían ser queridos por Dios. El texto concluye con hipótesis parapsicológicas y ocultistas, como la de R. Ambelain, quien interpreta los estigmas como una forma de «vampirismo» sutil o como la materialización corporal de un exceso de fuerza vital energética.